

# **Ellos Conocieron a Su Dios**

**Volumen tres**

**E. F. & L. Harvey**

Harvey Christian Publishers, Inc.  
3107 Hwy. 321  
Hampton, TN 37658  
Tel./Fax (423) 768-2297  
e-mail: [books@harveycp.com](mailto:books@harveycp.com)

Hebron Ministries  
P.O. Box 4274  
Leesburg, Virginia 20177-8388  
Tel. (800) LAST DAY (527-8329)  
[www.ministerioshebron.com](http://www.ministerioshebron.com)

Derechos Reservados© 1988  
Lillian G. Harvey  
Edición 1997

Impresa en Estados Unidos

Primera edición en castellano 2010

Todos los derechos reservados. Ninguna porción de este libro puede ser reproducida ni transmitida de ninguna forma, ni por ningún medio, electrónico o mecánico, incluyendo fotocopias, grabación, ni por ningún sistema de almacenamiento de información, sin el permiso escrito del dueño de los derechos reservados, excepto si se tratara de incluir citas breves en una revisión.

Titulo original en inglés: *They Knew Their God, Volume 3*

Traducido al español por Josefina de Machado

Adaptación de la portada y diagramación por Cristian Leiva

Clave para las figuras de la portada—en dirección del reloj, empezando en la esquina inferior izquierda: Stephen Grellet, Tío John Vassar, Evan Hopkins, Oswald Chambers, Gertrude Chambers, John G. Govan, George Railton, Samuel Pearce, Mary Mozley.

ISBN 978-9929-8068-0-1

Impreso en Guatemala por Hebron Press

## Prefacio de los Autores

“Andad alrededor de Sion... contad sus torres. Considerad atentamente su antemuro, mirad sus palacios; para que lo contéis a la generación venidera.” Estas palabras del salmo cuarenta y ocho fueron impresas en nuestras mentes hace diecinueve años, como una comisión para buscar biografías y literatura cristianas y trasladar al pueblo del Señor aquello que nos había estado inspirando y que había sido de tanta ayuda para nosotros. Así que, tras este lapso de tiempo, tenemos ahora el privilegio de enviar estas figuras de las torres de Sión—sus profetas y atalayas, los baluartes de Sión—sus palacios— sus reformadores y defensores de la fe, y de los palacios de Sion— esas moradas humanas de Dios hechas bellas y majestuosas por la presencia del Rey de reyes.

El título, “Ellos conocieron a su Dios”, ha sido escogido como uno que incluye el conocimiento de Dios por medio del Nuevo Nacimiento, la morada más permanente de Dios tras recibir la llenura del Espíritu Santo, y el posterior “viaje hacia Dios”, a medida que la caminata temporal y progresiva con Él revela Su carácter. Es nuestra más ferviente oración en esta era religiosa tan superficial, que estos hombres y mujeres que derribaron todas las barreras y fronteras en su búsqueda y exploración de su propio Dios en toda Su longitud, anchura, profundidad y altura, puedan llamarnos para que nos aferremos de manera ilimitada a lo invisible.

Dios nunca se repite a Sí mismo en la experiencia humana, y es refrescante notar que estos santos, en su abandono completo en Dios, nos han legado historias individuales que enriquecen el reino espiritual con la misma variedad deleitable que descubrimos en las “otras” creaciones de Dios. No presentamos estos bosquejos para que sean imitados en todos sus detalles en la búsqueda de Dios, o como la evidencia de que ellos lo hayan alcanzado. Más bien oramos para que la fe y el valor de estos santos al probar y conocer a Dios, nos anime a darnos cuenta de que no hay límite, excepto nosotros mismos, para lo que podríamos descubrir de Su reino mientras estamos aquí en el “tiempo”.

Hemos incluido personajes de ambos sexos, de varias nacionalidades, de sucesivos períodos de tiempo y de diferentes trasfondos eclesiásticos. Aprendemos a través de ellos cómo Dios se manifiesta a Sí mismo en las señales y credenciales que sellan al santo que está creciendo, con el propio y peculiar sello de Dios. Estamos muy agradecidos por la colaboración de la Srita, Elizabeth M. Hey, una amiga de toda la vida. Ella ha contribuido mucho en la investigación de las biografías y en la redacción y corrección del contenido. Sin su valiosa ayuda, este trabajo se habría retrasado considerablemente. Sus oraciones, unidas a las nuestras, han ascendido diariamente para que este libro contribuya a que muchos cristianos busquen conocer lo que significa estar crucificado con Cristo y santificados y aptos para ser usados por el Maestro. Nuestra hija, la Sra. Gertrude Tait, ha mejorado también algunos de estos bosquejos y ayudado a completar otros. Damos también nuestros agradecimientos sinceros por la ayuda secretarial de nuestras fieles colaboradoras, la Srita. Beulah Freeman y las Sritas. Margaret y Morag Smith.

Daniel nos dice que **“el pueblo que conoce a su Dios se esforzará y actuará”** (Dn 11:32). Por eso nosotros, en oración, presentamos este libro, confiando que este vistazo a las vidas de estos santos hombres y mujeres nos dará a todos el ímpetu de **“conocer a nuestro Dios”**.

Edwin y Lillian Harvey, 1975

## Palabras del Editor

Los editores de este libro, tanto en español como en inglés, reconocemos que las personas se acercan a la doctrina de la santificación con diferentes ideas. Los santos cuyas historias aparecen en este libro son una prueba de ello. Algunos de ellos ponen énfasis especial en una experiencia inicial, otros, en el proceso diario de ser santificados; pero tienen en común el haber rehusado acomodarse a la vida en la carne, y no haber permitido que ésta gobernara sus pensamientos y sus acciones. Así mismo, todos buscaron diligentemente a Dios para obtener victoria, y la obtuvieron de formas diferentes. No nos atrevemos a estereotipar los caminos de Dios con sus hijos, pero la meta final siempre será la misma—amar a Dios con todo nuestro corazón, mente, alma y fuerza y a nuestro prójimo como a nosotros mismos. El hombre llega a ser atrapado por las terminologías teológicas, pero a Dios le interesa el corazón.

El testimonio de las vidas que se encuentran en este volumen, llevará convicción a cualquier cristiano sincero. Estos santos nos enseñan cómo buscar al Señor con toda nuestra fuerza, hasta que Él nos encuentre, vez tras vez, para otorgarnos victoria sobre un enemigo tras otro en nuestra vida. Después de leer este libro, probablemente usted nunca se conformará con que su vida espiritual vaya nuevamente a la deriva. Tal vez usted empiece a buscar a Dios en serio para obtener victoria sobre sus pecados habituales.

## Contenido

<b>Marqués De Renty (1611-1649)</b>	<b>9</b>
<i>El Hombre de la Nobleza que Descendió</i>	
<b>Stephen Grellet (1773-1855)</b>	<b>17</b>
<i>El Noble Francés que Caminó a Pie</i>	
<b>Samuel Pearce (1766-1799)</b>	<b>41</b>
<i>El Brainerd de los Bautistas</i>	
<b>John Smith (1794-1831)</b>	<b>59</b>
<i>El Hombre con las Rodillas Encallecidas</i>	
<b>Ann Cutler (1759-1794)</b>	<b>77</b>
<i>Demasiado Joven para Morir</i>	
<b>Tío John Vassar (1813-1878)</b>	<b>81</b>
<i>El Perro Ovejero de Dios</i>	
<b>George Railton (1849-1912)</b>	<b>99</b>
<i>El Hombre que se Preocupaba Intensamente</i>	
<b>John G. Govan (1861-1927)</b>	<b>115</b>
<i>El Pionero del Evangelismo Rural</i>	
<b>Oswald Chambers (1874-1917)</b>	<b>131</b>
<i>Apóstol de lo Fortuito</i>	
<b>Gertrude Chambers (1885-1966)</b>	<b>149</b>
<i>Creadora de Libros</i>	
<b>Evan Hopkins (1837-1919)</b>	<b>161</b>
<i>Mensajero de Victoria</i>	
<b>Mary Mozley (1887-1923)</b>	<b>177</b>
<i>Ella Escogió la Mejor Parte</i>	
<b>El Obispo Asbury (1745-1816)</b>	<b>195</b>
<i>El Profeta del Largo Camino</i>	
<b>Notas para las Fuentes</b>	<b>207</b>

## Marqués De Renty (1611-1649)

### *El Hombre de la Nobleza que Descendió*

En su camino a casa desde la Universidad de París, un joven estudiante de ciencia de diecisiete años se detenía a menudo para curiosear entre los libros de segunda mano antes de regresar a su casa. Un día el vendedor de libros lo presionó para que comprara la obra "Imitación de Cristo" de Thomas à Kempis. Inicialmente el joven noble no tenía el más mínimo interés, pero terminó cediendo debido a la continua presión. La lectura atenta y detenida de un libro, a menudo ha cambiado definitivamente la dirección de la vida de más de una persona famosa, y eso fue lo que sucedió en este caso; porque la lectura de este volumen tuvo un efecto tan profundo en el estudiante, que desde ese momento en adelante él dirigió su vida por canales completamente diferentes.

El Marqués De Renty, quien era ese joven estudiante, nació en 1611 en el Castillo de Beny en Normandía, Francia. Sus acaudalados padres tenían grandes ambiciones para él, pero tras leer atentamente la *Imitación de Cristo*, el joven noble llegó a despreciar las demandas que la sociedad imponía sobre alguien como él.

Un día, cuando se conducía con su madre por París, De Renty se las ingenió para escaparse. En una carta que escribió a su padre desde la segura seclusión de un monasterio, le dijo que las normas que rigen al cristiano difieren tanto de las costumbres del mundo, que él no se sentía lo suficientemente fuerte como para resistir las presiones que le serían impuestas si permanecía en su posición anterior. Era evidente de la carta, que él estaba tratando de escapar de la oposición que lo llevaría a ser "la comidilla de todos". Él sabía perfectamente bien que seguir a Cristo le acarrearía la inevitable cruz, así que buscó refugio bajo la sombra de una comunidad religiosa.

Su padre no estaba dispuesto a ceder; y finalmente, tras una minuciosa búsqueda, lo encontró en Amboise y lo llevó de regreso con él a su hogar en Beny. Con el paso del tiempo fue evidente la completa transformación en la vida del joven De Renty, y esto le hizo ganar un respeto generalizado.

A los veintidós años se casó con una joven singularmente buena, y empezó a hacerse cargo de las obligaciones asociadas con un hombre francés de su categoría. Se esperaba que pasara algún tiempo en el ejército, lo cual hizo, y por su vida de oración tuvo allí una buena influencia sobre muchos. Asimismo se esperaba que asistiera a la corte real; pero defraudó las expectativas de muchos cuando en lugar de ello escogió realizar fielmente lo que consideraba ser su obligación: administrar una gran heredad.

Fue entonces cuando desarrolló los hábitos de una vida devota, pasando dos o tres horas en oración, sin importar el calor o el frío. De sus propios escritos obtenemos una vislumbre de su rigurosa forma de vida.

*Generalmente me levanto a las cinco en punto (después de haber pasado una parte de la noche en oración). Tan pronto como me despierto, me sumerjo en mi gran nada delante de la Majestad divina. Después de levantarme caigo sobre mis rodillas y adoro el beneficio de la Encarnación que nos da acceso a Dios.*

*Después de vestirme (en lo que paso poco tiempo) me dirijo a mi capilla y me arrodillo para adorar a Dios. Yo me presento ante Él como un vaso vacío, considerándome insignificante y necesitado, y mantengo mi corazón en esa actitud para luego refugiarme en el Santo Hijo de Dios y en Su Espíritu, con el deseo de agradarlo en todas las cosas. Luego leo el Nuevo Testamento, y tras una breve meditación me dirijo a mi trabajo.*

*Antes de la comida del medio día hay otro período de oración. Durante la comida se lee un libro que sea de bendición. Después paso una hora hablando con gente que desea verme. Luego salgo hacia donde Dios me guíe. Si no hay algo especial, a menudo entro en una iglesia y oro allí. Al anochecer dedicamos diariamente una hora a la oración. Durante la cena se lee una porción de las vidas de mártires y santos, y después de cenar platico con mis hijos. A las nueve de la noche oro con ellos y los empleados domésticos. Luego todos me dejan solo y permanezco en oración hasta las diez.<sup>1</sup>*

Podría decirse de De Rentry lo que se dijo de Enoc: “Él caminó con Dios”.

¡Yo camino con Dios!

El estrépito de la batalla de la tierra puede ro-  
dearme,

Los impresionantes inventos humanos pueden  
aturdirme;

Yo no temo, porque Su brazo está alrededor  
mío—

Yo camino con Dios.

Yo camino con Dios;

Aunque las nubes luzcan amenazantes en el cielo  
sobre mí

Aunque tormentas de temor y odio se arrastren  
para derribarme—

No hay temor en el amor—y Él me ama a mí;

Yo camino con Dios.

Yo camino con Dios;  
 Adversidad o engaño pueden sobrevenirme  
 Y hermanos—verdaderos o falsos—podrían a me-  
 nudo engañarme;  
 No necesito temer, porque Él no me desampara-  
 rá—

Yo camino con Dios.

Yo camino con Dios;  
 No tengo fuerza para caminar sin Su poder,  
 Pero cuando en el reloj de los cielos suene la  
 hora—  
 Mi mano en la suya, más allá de la brillante torre  
 de Sión

Yo caminaré con Dios.

—William Montgomery

A medida que el joven noble crecía en gracia, más sencillos eran sus hábitos; al leer la vida de Cristo sin duda disminuyeron las superficialidades. En una ocasión, cuando se le esperaba en una función social, no asistió y se le encontró comiendo con los presos en una prisión cercana. Ignorándolo los demás, él encendía los fuegos en las verjas de los pobres, llevaba comida a los hambrientos y escuchaba sus problemas, haciéndose disponible para los necesitados. Visitaba con frecuencia el lugar donde se reunían los destituidos, llevándolos a su propia casa donde sus hijos y él los alimentaban y servían personalmente.

A medida que De Renty se familiarizaba más con la vida de Cristo, iba progresando en la práctica de la autonegación y del sacrificio. Al principio había realizado sus visitas a los pobres montado en su carruaje acompañado de sus sirvientes, pero cuando se comparó a sí mismo con su Maestro, se llegó a convencer de que no debía usar carruaje, y decidió caminar con un sirviente para realizar estas obras de caridad. Finalmente, incluso prescindió del sirviente; y sin ninguna compañía visitaba las casas de los destituidos, ministrando sus necesidades.

Al mezclarse con los pobres se dio cuenta del abundante desempleo, y para ayudarlos adquirió conocimientos de algunos trabajos

humildes que él podía enseñarles, para que de esa manera pudieran obtener un empleo y proveer para sus familias. Le llegaron a turbar tanto los salarios de las clases obreras más bajas, que incluso los ayudó a formar un gremio en el que reunirían los beneficios de sus trabajos, tomando lo que necesitaran para cubrir sus propias necesidades, y luego compartir el resto con los menos afortunados entre ellos. Si esta práctica hubiera sido más universalmente aceptada entre las clases más altas de Francia, la Revolución Francesa podría haberse evitado.

De Renty llegó a convencerse de que sin el Espíritu Santo él no podía hacer o decir nada que fuera de beneficio eterno para su prójimo, así que pasaba tiempo en oración antes de conversar con ellos. De esa manera esperaba que fuera únicamente el Espíritu Santo mismo quien hablara a través de sus labios. Los enfermos y los pobres empezaron a llegar a su castillo de todas direcciones, y a menudo él los reunía en su gran comedor para hablar con ellos y después servirlos personalmente.

Era natural que tal forma de actuar de alguien que ocupaba una posición tan prominente, provocara ofensas y malos entendidos entre muchos sectores. No es de sorprender que el choque más violento lo tuviera con su propia madre, una mujer totalmente del mundo que consideraba las obras de caridad de su hijo totalmente indecorosas. Ella deseaba que él viviera conforme a las demandas de la sociedad, y que fuera controlado y regido por el protocolo de los que se encontraban en las más elevadas posiciones de riqueza.

Puede ser que las arduas empresas y la atención personal que brindó a tantos que buscaban su ayuda y consejo consumieran sus energías y acortaran su vida, porque sólo vivió hasta la edad de treinta y siete años. Y el final de su vida no fue fácil, ya que circulaban calumnias y rumores de que su santidad era sólo hipocresía, y que él era culpable de pecados secretos. Hubo algunos que se deleitaron en esparcir estos rumores, y una comunidad religiosa que le debía mucho, se puso del lado de sus adversarios. De Renty visitó a los que lo habían traicionado, y les explicó lo que había sucedido; pero él

escribe: "Yo sólo me encontré con gran humillación. Tuve cuidado de no decir una sola palabra para ganarme su favor, y hablé sólo lo que era la verdad. Por lo demás, yo dejé que todo cayera sobre mí, aunque sólo me trajera desgracia y humillación. Soy un proscrito aquí, o como la víctima propiciatoria conducida al desierto en el Antiguo Testamento."<sup>2</sup>

La humillación fue tan grande, que por un tiempo el Marqués se mantuvo en su habitación y no atendió sus obligaciones públicas. Los problemas no llegan solos, así que pronto fue despojado de una hija y luego de su esposa; además, sufrió mucho debido a una dolorosa enfermedad que lo debilitó grandemente. Él escribe:

*"El dolor que tengo es tan grande", dijo, "que quisiera gritar y gemir y perder el control de mí mismo. Aunque me aqueja todo el tiempo, también puedo decir que mis pensamientos están con Dios y no con el dolor. ...Sufrir es un don, una gran gracia, pero cuán extraña es. Ciertamente muchos sufren, pero cuán pocos sobrellevan el sufrimiento como lo hizo Cristo. Es extraño, sabemos que el único camino para poder entrar en Su gloria es el camino de la humillación, de la agonía y de la cruz; sin embargo, nosotros, sus discípulos, estamos deseando siempre un camino diferente. ¿Están entonces los discípulos por encima de su Maestro?"<sup>3</sup>*

A medida que aumentaba su agonía, él clamaba: "¡Valor, valor! ¡La eternidad se está acercando!" Los que estaban cerca oían su susurro: "¡Yo te adoro!" ¡Yo te adoro! Él sabía que Jesús había establecido su reino dentro de él.

Aunque solamente vivió por treinta y siete años, el Marqués de Renty logró mucho en ese breve tiempo. John Wesley hizo más de veinte referencias a él en sus cartas publicadas, y en 1741 hizo una traducción al alemán de la vida del Marqués de Renty, la cual distribuyó a otros. Él catalogó a este hombre noble francés junto con el santo Brainerd, animando a su gente a familiarizarse con las vidas de tan

---

piadosos personajes, con la esperanza de que fueran influenciados para seguir su ejemplo.

## El Obispo Asbury (1745-1816)

### *El Profeta del Largo Camino*

El 21 de agosto de 1745 nació un niño a una pareja cerca de Birmingham, en las tierras centrales de Inglaterra, en el condado de Staffordshire. El padre era el jardinero de dos de los más prósperos terratenientes en el distrito. Francis, como llamaron al niño, tuvo una hermanita que era muy amada por la familia, pero que murió muy pronto. En medio de su pena, la madre se volvió a Dios. Leía más y más su Biblia, y finalmente terminó invitando a los muy despreciados metodistas a su casa.

El metodismo tuvo que pelear por cada pulgada de camino hacia el corazón de la gente de Staffordshire. Fue en este condado que Wesley recibió algunos de los tratos más duros. Más tarde, sin embargo, Wesley anotó en su diario que fue en los cinco pueblos dedicados a la alfarería en este mismo condado, que la luz del avivamiento brilló más radiantemente. Se había llevado oprobio, pero en la misma proporción se había recibido la bendición posterior.

Alguien ha dicho que el metodismo realmente tuvo sus orígenes en Susannah Wesley, la madre de John y Charles. Y podría decirse que Elizabeth Asbury, al dar a su único hijo para el ministerio,

fue la madre del metodismo americano. Escribiendo acerca de su madre, Asbury dijo:

*Recuerdo bien que mi madre animó mucho a mi padre para iniciar la lectura de la Biblia y la oración en familia; ambos practicaron mucho el canto de los salmos... Como una madre por encima de todas las mujeres en el mundo, ferviente y cariñosa, la pediría para mí; como una "madre en Israel", pocas personas de su sexo han hecho más por llevar una caminata santa y por realizar un trabajo personal para apoyar el Evangelio, y para lavar los pies de los santos. Como amiga, ella era generosa, veraz y constante.<sup>1</sup>*

*Desde que era un niño, Francis Asbury aborreció todas las formas de engaño, y era conocido por su diligencia. Escribiendo acerca de los primeros años de su vida, él dijo: "Yo aborrecía el engaño y la maldad, aunque mis compañeros estaban entre los más viles de los viles en cuanto a mentir, jurar, pelear y hacer cualquier otra cosa que los muchachos impíos de esa edad solían hacer. Tras estar en su compañía, a menudo yo solía volver a casa tenso y melancólico, y aunque guardado por mis mejores principios, yo regresaba esperando encontrar la felicidad donde nunca la encontré. Algunas veces me ridiculizaban y me llamaban párroco metodista, porque mi madre invitaba a casa a mucha gente que tenía apariencia religiosa."<sup>2</sup>*

Francis empezó la escuela a edad temprana, y a los seis o siete años ya leía la Biblia. Su maestro, sin embargo, era un hombre cruel que solía golpearlo. Mientras recibía ese maltrato, el muchacho se volvía a Dios en oración, y era confortado por la presencia de Dios; pero también surgió en él una aversión por la escuela, por lo que no vio con agrado los planes de su padre para que obtuviera una mayor educación. A los catorce años abandonó la escuela y se convirtió en aprendiz del negocio de una familia cercana. Si no hubiera sido por la crueldad del maestro de escuela, la vida de Francis habría tomado una

dirección totalmente diferente, y los Estados Unidos podrían no haber recibido el legado, inapreciable más allá de toda medida, del don del Obispo Asbury.

Debido a las oraciones y a las pláticas que tuvo con un ministro metodista, antes de los catorce años Francis se dio cuenta de su necesidad de salvación. Entonces empezó a orar por la mañana y por la tarde, y leyó con mucha seriedad los sermones de Whitefield y Cennick, y todo buen libro que cayera en sus manos. El nació de nuevo y fue contado entre los despreciados metodistas. Francis y su familia valientemente afrontaron el ridículo, y a diferencia de muchos a su alrededor, ellos estuvieron dispuestos a tener reuniones en su propia casa.

A los quince años Francis empezó su carrera de predicador en un circuito que incluía a los condados vecinos. Habiendo nacido bajo los fuegos tanto de la persecución como del oprobio, no esperaba encontrar algo distinto en su propio ministerio. Él escribe:

*¡Heme aquí hoy, un predicador local!—un humilde y dispuesto siervo de cualquiera y de todos los predicadores que me llamaran de día o de noche; estando listo, para ir con pasos rápidos a lo largo y a lo ancho para hacer el bien, visitando Derbyshire, Staffordshire, Warwickshire, Worcester y todos los demás; en verdad casi todo lugar a mi alcance, por el bien de las preciosas almas; generalmente predicando, tres, cuatro y cinco veces a la semana, y al mismo tiempo prosiguiendo en mi llamado. Yo creo que cuando tenía alrededor de veintiuno o veintidós años de edad, me entregué a Dios y a Su obra, después de haber trabajado como predicador local por el espacio de cinco años...*

*Cierto tiempo después yo había obtenido un testimonio claro de que había sido aceptado por Dios, y el Señor me había enseñado en el calor de mi juventud, la maldad de mi corazón. Por un corto tiempo disfruté, como lo pensé, el puro y perfecto amor de Dios; pero esta feliz*

*situación no duró mucho tiempo, aunque en ocasiones recibía grandes bendiciones.*<sup>3</sup>

Más o menos en esta época, los metodistas en Gran Bretaña llegaron a conocer las necesidades del continente americano; y el joven itinerante sintió el llamado para ofrecerse para el servicio del Señor en los Estados Unidos. La Conferencia lo aceptó; siendo hijo único, le fue difícil dejar a sus padres para dirigirse al lejano continente. Viajar no era tan rápido en aquellos días, y la separación era un llamado para una consagración más profunda. Él no tenía un centavo en el bolsillo cuando llegó a Bristol, de donde habría de zarpar hacia las nuevas tierras; pero sus amigos pronto suplieron sus necesidades inmediatas.

Tras una semana en el mar, el joven misionero escribió: "¿Hacia dónde voy? Al Nuevo Mundo. ¿Qué haré allí? ¿Ganar honra? No; yo lo sé en mi propio corazón. ¿Ganar dinero? No; yo voy a vivir para Dios y a procurar que otros lo hagan."<sup>4</sup>

Desde el mismo principio pareció que Asbury había comprendido la tremenda necesidad existente en el nuevo país. Él se daba cuenta de que esto involucraría muchos viajes, por lo que no se establecería en una ciudad o en una población. Los ministros que representaban al metodismo habían mostrado la tendencia definitiva de asentarse en un lugar, lo que Asbury rehusó hacer.

Debido a su decisión de compartir las penurias de realizar trabajo pionero entre los primeros colonos, pudo comprender las necesidades de estas personas, y su ágil mente visualizó la clase de iglesia que supliría sus necesidades. Gran Bretaña, con su glorioso pasado histórico, no había dejado mucho espacio en su país para el trabajo pionero. La iglesia allí se había adaptado a las necesidades del país, las cuales de ninguna manera eran idénticas a las del vasto continente americano.

Trece años después de que Francis iniciara su ministerio en América, John Wesley lo nombró, junto con el Dr. Cook, para supervisar la Iglesia Metodista en los Estados Unidos. De allí en adelante, él iba a

ser conocido como el Obispo Asbury. “Yo estimo que él”, dijo el Dr. Dixon en una carta escrita al Rev. Luke Tyerman, “es el segundo hombre en la historia del metodismo; y en cuando a la extensión de sus labores y la variedad de incidentes conectados con él, no es el segundo sino el primer hombre en nuestra comunidad.”

Aunque no era un académico profundo, Francis Asbury llegó a familiarizarse con el griego, el hebreo y el latín. Habiendo sido siempre un hombre de una disciplina personal estricta, él podría hacer eco al dicho: “El alma y el cuerpo hacen al hombre, el espíritu y la disciplina hacen al cristiano”. Como dice su biógrafo: Él siempre estuvo en contra de las irregularidades en los asuntos eclesiásticos, de la laxitud de la fe y de la indefinición en las declaraciones.

Como podía esperarse, su insistencia en la disciplina producía a menudo una reacción negativa. “Muchos se ofendían cuando yo los sacaba fuera de la reunión de la sociedad”, escribe, “tras habérseles permitido muchas cosas antes; pero esto no me preocupa. Mientras yo esté, las reglas deben cumplirse y no puedo sufrir el ser guiado por metodistas indiferentes.”<sup>6</sup>

Él era muy especial también en cuanto a quiénes debieran ser admitidos en el ministerio, y da este consejo a quienes estaban en autoridad bajo él.

*Examínenlos bien y tengan precaución con las personas que admitan en el ministerio. Debemos suplicar, protestar y oponernos a la designación de hombres que buscan obtener ventajas propias en el ministerio. Es nuestra fortaleza, baluarte y gloria, y la mayor excelencia de nuestro gobierno, que cada persona pase bajo un examen estricto cada año.*

*Pongan en el cargo a hombres en quienes puedan confiar. Si ellos los defraudan, permítanselo solamente una vez. De toda la maldad, la maldad espiritual es la peor, y de todos los engaños, el engaño religioso es el*

*peor. No teman por el arca; Dios cuidará de su propia empresa. Si no tenemos hombres de grandes talentos, sí tenemos hombres de corazones buenos. Sean los siervos dispuestos de los esclavos; pero no sean los esclavos de nadie. Depositen su total confianza en los hombres que lo merecen; no teman confiar en los jóvenes, ellos no son tan propensos a fallar como los mayores; los jóvenes están dispuestos y son capaces de trabajar.*<sup>7</sup>

Quienes conocieron mejor al Obispo Asbury, siempre lo consideraron como uno de los hombres más corteses y considerados. Pero él estaba consciente de que no todos compartían sus opiniones. Escribiéndole a su madre, dijo: "Tengo la gran desventaja de no ser lo suficientemente cortés con la gente. Ellos me estiman apto para el campo, pero no para las ciudades; y mi mayor infortunio es que no puedo y no podré aprender, y ellos no pueden enseñarme."<sup>8</sup>

Los números nunca lo atraieron; las cosas sencillas ejercían una atracción sobre él. Además, él también poseía un admirable don de discernimiento, al cual sus biógrafos atribuyen mucho de su éxito. Henry Boehm, uno de sus compañeros viajeros, escribe del Obispo en su obra *Reminiscencias*, que "él se sentaba en una Conferencia y miraba desde abajo de sus oscuras y espesas cejas, observando los rostros y estudiando la personalidad y la constitución de los predicadores, no sólo por el bien de la Iglesia sino por el suyo propio. Él me decía: 'Henry, el hermano A. o B. ha pasado mucho tiempo en las plantaciones de arroz o en la Península. Él se ve pálido, su salud empieza a declinar; así que debe ir a las tierras altas.'<sup>9</sup>

"Sus ojos eran de un tono azulado", añade Boehm, "y tan penetrantes que parecía como si pudiera mirar a través de una persona."<sup>10</sup>

¿Qué hizo tan efectivo a este hombre? Él pasaba largas horas conversando con Aquél en cuya presencia él tomó Su semejanza. "Él era un verdadero metodista en la oración", comenta su biógrafo Benjamín Gregory. "En una época solía apartar tres horas cada mañana

para sus oraciones privadas. Después determinó orar siete veces al día; y posteriormente oraba una parte de cada una de las horas que estaba despierto. E incluso cuando el número de predicadores había crecido a los cientos, él oraba separadamente por cada uno de ellos por su nombre.”

Freeborn Garretson dijo que el Obispo Asbury oraba más y mejor que todos los hombres que conocía. Si alguna vez un hombre buscó llevar una vida de oración, fue él. “Yo deseo que la oración se mezcle con cada pensamiento”, escribe Asbury, “con cada deseo, con cada palabra y con cada acción, para que todo pueda ascender como un sacrificio santo y aceptable a Dios.

“Me levanté antes de las tres. Estoy muy atareado, pero es bueno hacer lo mejor de cada momento, y llenar cuidadosamente el espacio de tiempo que pudiera perderse. ¡Oh, cuán precioso es el tiempo! Nuestros momentos, aunque pocos, son como arenas de oro.”

Sin embargo, el Obispo Asbury no sólo era un hombre de oración. Él era también lo que el Sr. Wesley exhortaba a sus predicadores que fueran—un hombre de la Biblia. Sus referencias a la Biblia pueden encontrarse en casi todas las páginas de su diario, como lo ilustran los siguientes extractos:

*Pasé mucho de mi tiempo leyendo la Biblia y el Testamento Griego. Mis meditaciones en la Biblia Hebrea me han producido un gran gozo. Este es el libro que yo estudio para perfeccionarme.*

*Mi alma ha permanecido en el Señor, y encuentra gran dulzura en la lectura de la Biblia, y acomodando lo espiritual a lo espiritual. Otros libros tienden a alejarnos de éste, que es el mejor de los libros. Yo por eso intento leer más en ella y menos en todos los otros. Ahora he encontrado mayor dulzura y deleite que antes en la lectura del Antiguo Testamento...*

*Me levanté como comúnmente lo hago, antes de las cinco de la mañana para estudiar la Biblia. Yo no encuentro nada como ella; y encuentro que es más importante para un predicador conocer su Biblia, que todos los idiomas o libros en el mundo.*

*Llené mi libro de minutas y leí libremente la Biblia. Este libro es muy odiado por algunos, pero en cuanto a mí, voy a leerlo más que nunca.*

*Esta mañana terminé la lectura de toda la Biblia a lo largo de cuatro meses. Me es difícil encontrar tiempo para esto, pero todo lo que puedo leer se debe a mi madrugar por las mañanas. Si no me levantara siempre a las cinco, y algunas veces a las cuatro, sólo tendría el tiempo para desayunar, orar en familia y alistarme para mi viaje, ya que debo viajar todos los días.<sup>11</sup>*

Sin embargo, el Obispo no limitaba su lectura solamente a la Biblia, pues amaba ardientemente los sermones y los diarios de Wesley. Él escribe:

*He procurado sacar la mayor ventaja de mi tiempo de lectura; y he visto tanta belleza y santidad, que he anhelado y deseado más.*

*He llenado mis intervalos con la lectura de la Biblia y el segundo volumen de los sermones del Sr. Wesley. ¡Oh, cómo desearía que nuestros predicadores y la gente leyeran sus diarios, sermones y notas! En los intervalos de estos dos días he leído doce de los sermones del Sr. Wesley... La lectura del diario del Sr. Wesley ha traído una bendición muy particular sobre mi alma... Hay una cierta espiritualidad en sus obras, que no se encuentra en ninguna otra redacción humana.*

El Obispo Asbury también era un buen cantante, y “estaba interesado, por lo tanto, en la publicación de un himnario para el uso de los metodistas americanos.”<sup>12</sup>

Otra característica de este gran hombre fue su sed por la santidad y su biógrafo nos dice:

*Cuán apasionados eran sus anhelos por la santidad: "Cómo anhelo ser como una llama pura y seráfica. Cuán grandemente deseo morir a todo lo que no me conduzca a Dios." El himno de Cowper estaba a menudo en sus labios:*

*"El ídolo más amado que yo haya tenido  
Sin importar cuál éste haya sido,  
Ayúdame a arrancarlo de Tu trono  
Y a adorarte sólo a Ti.*

*"Así mi caminata será cercana a Dios,  
Mi marco calmado y sereno;  
Una luz tan pura marcará el camino  
Que me conducirá al Cordero."*

*...A mi juicio, ningún hombre que haya vivido ha anhelado más la santificación que Francis Asbury. Temprano y tarde, en sus cabañas y bajo el cielo estrellado, sobre su silla de montar y cuando estaba parado como centinela en un territorio peligroso, en cualquier lado y siempre, él deseaba con ansia la santidad. La santidad personal era una de las dos pasiones de su alma—la otra, mayor aún, era la salvación y santificación de otras preciosas almas.<sup>13</sup>*

"¡Estoy divinamente impresionado con una carga por predicar la santificación en cada sermón!" escribe en su diario. "Me he propuesto predicar fielmente la santidad, y si yo pudiera vivir mi vida otra vez, la predicaría con mayor persistencia todavía."<sup>14</sup>

El Obispo Asbury también sentía una inmensa deuda con Aquél que era precioso para Él. "Si yo tuviera mil corazones y lenguas y un millón de años por vivir", nos dice, "todos ellos serían insuficientes para pagar esta inmensa deuda de alabanza".<sup>15</sup>

Francis Asbury siempre vivió con una definida conciencia de que esta tierra no era su hogar, y que las cosas materiales poco importan para el viajero que se dirige al Cielo. El 6 de junio de 1813, él escribió en su diario:

*Conociendo cuán incierta es la longitud de la vida, he declarado mi última voluntad, nombrando al Obispo McKendree, a Daniel Hitt y a Henry Boehm mis albaceas. Si no lo gasto antes, dejaré, cuando muera, un patrimonio de dos mil dólares, creo. Lo dejo todo al Book Concern (una compañía editora de libros). Este dinero, y algo más, lo he heredado de amigos metodistas que han fallecido sin dejar descendencia en el estado de Maryland; además de otros legados que nunca he tomado. Que todos sean devueltos, para continuar ayudando a la causa de la piedad.<sup>16</sup>*

El profundo sentimiento de su llamado y de su endeudamiento con el Señor, impelieron a Asbury a continuar viajando en el ministerio público hasta el final. La Conferencia le había dado un joven compañero, cuyo cariño suavizó el duro trayecto hacia el final de su ministerio terrenal.

Estamos endeudados con su biógrafo, el Rev. F. W. Briggs, por haber escrito esos últimos días trascendentales del Obispo Asbury:

*"¡Oh, permítanme hacer todo el bien que pueda! El tiempo es corto. ¡Cómo mis amigos se han ido! Pero yo estoy vivo. Déjenme vivir cada momento para Dios." Así escribió en Charleston, cuando se iniciaba el año 1814. Sus enfermedades físicas se habían incrementado parcialmente, y sus ataques de reumatismo inflamatorio y de "fiebre pleural" fueron más y más frecuentes y amenazantes; pero él se sentía tan ansioso como siempre por proseguir con sus inmensos recorridos episcopales. "Llegué a Georgetown, Maryland", escribe. "Supongo que ya he cruzado las montañas Allegheny unas sesenta veces."<sup>17</sup>*

Continuando con sus viajes, él se puso muy enfermo y tuvo que detenerse en Perry Hall durante tres días. Pero continuó hacia Filadelfia donde “no sólo presidió la Conferencia, sino que predicó con extraordinario poder a las abarrotadas congregaciones.” Desde allí continuó hacia un lugar tan lejano como Nueva Jersey, donde debió reposar durante doce semanas al ser atacado por una violenta fiebre. Nunca se repuso completamente de esta enfermedad. Él dice al respecto:

*Yo no sería mimado hasta la muerte, así que salí de mi cuarto de enfermo y tomé el camino sintiéndome muy débil. Las constantes atenciones y la incesante bondad me han seguido hasta este lugar, y mi fuerza se ha incrementado diariamente. Yo veo las vidas de los mártires llenas de privaciones y dolor; y estoy listo para una muerte de mártir. La pureza de mis intenciones; mi diligencia en las labores a las que Dios se ha dignado llamarme; los desconocidos sufrimientos que he enfrentado—¿qué son éstos? En los méritos, la expiación y la justicia de Cristo solamente, apoyo mi súplica... Yo gimo un minuto con dolor y grito “Gloria” al siguiente.<sup>18</sup>*

Y así continuó realizando sus viajes hasta el final. Los últimos dos Sabbaths, el veterano de setentidós años ministró a otros, aunque el esfuerzo parecía ya ser demasiado para su gastado organismo. El Rev. Briggs describe las últimas horas de este incansable guerrero, incluyendo las palabras del Sr. Bond, el compañero de viaje del Obispo.

*“Nuestro amado padre parece estar mucho peor. Él había pasado una mala noche, y está, yo creo, en mayor peligro de muerte que lo que alguna vez lo vi, incluso cuando sufrió un ataque en el estado de Nueva Jersey. Él se dice a sí mismo que teme que la escena pronto se cerrará.”*

*A las once de la mañana pidió que la familia se reuniera en su cuarto para adorar al Señor. El Sr. Bond leyó el*

capítulo 21 del libro de Apocalipsis, cantó un himno y elevó una oración. Durante estas devociones él parecía estar abstraído en su pensamiento, como si con la ayuda de las imágenes descritas en el capítulo leído para describir la Jerusalén celestial, él ya había pasado a esa realidad. Entonces miró a su joven amigo con una celestial sonrisa de repentina benignidad, como para hacer desaparecer la expresión de sufrimiento que traicionaba su rostro.

En una o dos horas, el Sr. Bond le preguntó afectuosamente si Cristo continuaba siendo precioso, y sin poder pronunciar una sílaba, él simplemente levantó sus manos. Y entonces, reclinando su cabeza sobre el amado brazo de su compañero, calmadamente entró al reposo. "Nuestro amado padre", escribió el Sr. Bond, "nos ha dejado y se ha incorporado a la Iglesia triunfante. Él murió como vivió—lleno de confianza, lleno de amor—a las cuatro de esta tarde" (domingo 31 de marzo de 1816)<sup>20</sup>

Mucho más podríamos decir acerca de un siervo de Dios tan extraordinario; pero terminaremos con las palabras de Henry Boehm, quien llegó a conocerlo muy íntimamente tras haber viajado 40,000 millas con él: "El Obispo Asbury poseía mayor muerte al mundo, mayor espíritu de sacrificio, mayor espíritu de oración, de empuje cristiano, de trabajo y de benevolencia, que cualquier otro hombre que yo alguna vez haya conocido. Él era el ser menos egoísta que yo jamás haya conocido. Más que cualquier otra persona, él encarnaba el carácter y el espíritu inicial del metodismo.

# Notas para las Fuentes

## Marquis De Renty

1. M. L. Christlieb, *They Found God*, (London: Unwin Brothers Ltd., 1937) pp. 32-33
2. *Ibid.*, pp. 41-42
3. *Ibid.*, pp. 42-43
4. *Ibid.*, p. 43

## Stephen Grellet

1. Benjamin Seebohm, *Memoirs of the Life and Gospel Labours of Stephen Grellet, Vol. I*, (London: A.W. Bennett, 1861) p. 6
2. *Ibid.*
3. *Ibid.*
4. *Ibid.*, pp. 15-17
5. *Ibid.*, p. 24
6. *Ibid.*
7. *Ibid.*, p. 32
8. *Ibid.*, p. 38
9. *Ibid.*, pp. 39-40
10. *Ibid.*, p. 342
11. Benjamin Seebohm, *Memoirs of the Life and Gospel Labours of Stephen Grellet, Vol. II*, (London: A.W. Bennett, 1861) p. 54
12. *Ibid.*, p. 59
13. *Ibid.*, pp. 61-62
14. *Ibid.*, pp. 56-57
15. *Ibid.*, p. 59
16. *Ibid.*, p. 70
17. Benjamin Seebohm, *Vol. I*, p. 223
18. *Ibid.*, p. 189
19. *Ibid.*, pp. 222-223
20. *Ibid.*, p. 226
21. *Ibid.*, p. 301
22. *Ibid.*, p. 281
23. Benjamin Seebohm, *Vol. II*, p. 385
24. *The American Friend*, Nov. 28, 1895

## John Smith

1. Richard Treffy Jr., *Memoirs of the Life, Character, and Labours of the Rev. John Smith*, (London: William Nichols, 1867) p. 16
2. *Ibid.*
3. *Ibid.*, p. 20
4. *Ibid.*, p. 27

5. Ibid., pp. 27-28
6. Ibid., p. 36
7. Ibid., p. 121
8. Ibid., p. 170
9. Ibid., pp. 64-65
10. Ibid., pp. 134-135
11. Ibid., pp. 143-144
12. Ibid., p. 144
13. Ibid., p. 145
14. Ibid., pp. 148-150
15. Ibid., p. 215
16. Ibid., p. 220

### **Uncle John Vassar**

1. Thomas E. Vassar, *Uncle John Vassar*, (Terra Haute: Ambassadors for Christ, Inc., 1984) pp. 51-52
2. H. A. Seyguern, "Uncle John Vassar," (*The Christian Age*, Oct. 8, 1879) p. 232
3. Thomas E. Vassar, pp. 120-122
4. Ibid., pp. 78-79
5. Ibid., pp. 65-67
6. Ibid., p. 67
7. A. J. Gordon, "Introduction," in *Uncle John Vassar*, pp. 18-33
8. Ibid., p. 30
9. Ibid., p. 182
10. Ibid.

### **George Railton**

1. Eileen Douglas and Mildred Duff, *Commissioner Railton*, (London: The Salvationist Publishing and Supplies Ltd.) p. 35
2. Ibid., pp. 93-94
3. Ibid., pp. 92-93
4. Bernard Watson, *Soldier Saint*, (London: Hodder and Stoughton, 1970) p. 71
5. Ibid.
6. Eileen Douglas and Mildred Duff, p. 84
7. Bernard Watson, p. 69
8. Eileen Douglas and Mildred Duff, p. 100
9. Bernard Watson, p. 237
10. Ibid., pp. 238-239
11. Eileen Douglas and Mildred Duff, p. 243
12. Ibid., pp. 247-248
13. Ibid., p. 85

**John G. Govan**

1. J. G. Govan, *In the Train of His Triumph*, (Edinburgh: "Bright Words" Office) pp. 7-8
2. Ibid., p. 9
3. Ibid., p. 10
4. Ibid., pp. 11-12
5. Ibid., pp. 15-16
6. I. R. Govan, *Spirit of Revival*, (London: Purnell and Sons, Ltd., 1938) p. 24
7. Ibid., p. 26
8. Ibid., pp. 26-27
9. J. G. Govan, p. 27
10. I. R. Govan, p. 64
11. Ibid., p. 58
12. Ibid., pp. 62-63
13. Ibid., p. 86
14. Ibid., p. 113
15. Ibid., p. 88
16. Ibid., p. 83

**Oswald Chambers**

1. Gertrude Chambers, *Oswald Chambers, His Life and Work*, (London: Simpkin Marshall, 1947) p. 166
2. Ibid., pp. 52-53
3. Ibid., p. 22
4. Ibid., p. 43
5. Ibid., pp. 77-80
6. Ibid., pp. 166-167
7. Oswald Chambers, *Not Knowing Whither*, (London: Simpkin Marshall, 1946) p. 54
8. Gertrude Chambers, p. 213
9. Ibid., p. 47
10. Ibid., p. 279
11. Ibid., p. 278
12. Ibid., p. 95
13. Ibid.
14. Ibid., p.2 94
15. Ibid., p. 104
16. Ibid., p. 14
17. Ibid., p. 162
18. Ibid., p. 15
19. Ibid., p. 210

**Evan Hopkins**

1. Alexander Smellie, *Evan Henry Hopkins, A Memoir*, (London: Marshall Brothers) p. 22
2. Ibid., p. 25
3. Ibid., pp. 25-28
4. Ibid., pp. 54-55
5. Ibid., p. 81
6. Ibid., p. 83
7. John Wesley, *Repentance of Believers*, p. 39.
8. John Wesley, *Christian Perfection*, p. 87.
9. D. W. Lambert, *Heralds of Holiness*, (Hampton, TN: Harvey Christian Publishers Inc., 1988) p. 41
10. Alexander Smellie, p. 88
11. Ibid., pp. 204-205
12. Ibid., pp. 214-215
13. Ibid., p. 219
14. Ibid., p. 223

**Mary Mozley**

1. Catherine S. Miller, *The Obedience of Faith*, (London: Africa Inland Mission, 1949) p. 13
2. Ibid., p. 16
3. Ibid.
4. Ibid., p. 17
5. Ibid., p. 22
6. Ibid., p. 23
7. Ibid., p. 27
8. Ibid., p. 37
9. Ibid., p. 49
10. Ibid., p. 51
11. Ibid., p. 64
12. Ibid., pp. 67-68
13. Ibid., pp. 70-71
14. Ibid., pp. 74-75
15. Ibid., p. 76
16. Ibid., p. 77
17. Ibid., p. 89
18. Ibid., p. 92
19. Ibid., pp. 95-96
20. Ibid., pp. 126-127
21. Ibid., pp. 94-95
22. Ibid., pp. 127-128
23. Ibid., pp. 100-101

24. Ibid., p. 102
25. Ibid., p. 111
26. Ibid., p. 116
27. Ibid., p. 119
28. Ibid., p. 130
29. Ibid., p. 132
30. Ibid.
31. Ibid., p. 134
32. Ibid., pp. 140-145
33. Ibid., p. 159
34. Ibid., p. 134

**Bishop Asbury**

1. Ezra Squier Tipple, *The Prophet of the Long Road*, (New York: The Methodist Book Concern) p. 55
2. Ibid., pp. 40-41
3. Ibid., p. 43
4. Francis Asbury, *Journal*
5. Ezra Squier Tipple, p. 243
6. Ibid., p. 244
7. Ibid., p. 228
8. Ibid., p. 316
9. Ibid., p. 267
10. Ibid., p. 302
11. Ibid., pp. 102-103
12. Ibid., p. 105
13. Ibid., p. 309
14. *Journal*, p. 427
15. Ezra Squier Tipple, p. 310
16. Ibid., p. 284
17. F. W. Briggs, *Bishop Asbury*, p. 377
18. Ibid., p. 378
19. Ibid., pp. 388-389
20. Ezra Squier Tipple, p. 14

**ELLOS CONOCIERON A SU DIOS  
VOLUMEN UNO**

**Nicolás de Basilea (1308-1398):** El Amigo de Dios  
**John Tauler (1290-1361):** El Doctor Iluminado  
**Christmas Evans (1766-1838):** El Predicador Tuerto de Gales  
**William Bramwell (1754-1818):** Apóstol de Oración  
**Madre Cobb (1793- ?):** La Santa de Calicó  
**Félix Neff (1798-1827):** El Brainerd de los Altos Alpes  
**Robert Cleaver Chapman (1803-1902):** El Pobre Hombre Rico  
**Ann, La Santa (1810-1904):** La Santa Irlandesa  
**Issac Marsden (1807-1882):** El Denodado Predicador Mercante  
**Alfred Cookman (1828-1871):** Lavado en la Sangre del Cordero  
**Elizabeth Baxter (1837-1926):** Una "Heraldo" del cristianismo  
**Lilias Trotter (1853-1928):** La Pionera Frágil  
**John Hyde (1865-1911):** El Misionero "Que Oraba"  
**Samuel Logan Brngle (1860-1936):** Soldado y Siervo  
**Eva Von Winkler (1866-1932):** Madre Eva de Friedenshort  
**Samuel Morris (1871-1945):** Ángel de Ébano  
**Iva Bernard (1871-1945):** Educadora Dedicada  
**Johanna Veenstra (1894-1932):** Una Flama para Dios

**ELLOS CONOCIERON A SU DIOS  
VOLUMEN DOS**

**Gerhard Tersteegen (1697-1769):** El Recluso en Demanda  
**John Woolman (1720-?):** Amigo de los oprimidos  
**Elijah Hedding (1780-1852):** El Obispo Pionero  
**Robert Aitken (1800-1873):** El Profeta de Pendeen  
**Mrs. Phoebe Palmer (1807-1872):** El Don sobre el Altar de Dios  
**Robert Murray McCheyne (1813-1843):** El Joven Santo de Dundee  
**William Burns (1815-1858):** El Hombre con el Libro  
**Frances R. Havergal (1837-1879):** La Cantora de Dios  
**Pastor Hsi (1837-1896):** Conquistador de Demonios  
**George D. Watson (1845-1923):** Apóstol a los Santificados  
**Jessie Penn-Lewis (1861-1927):** Vencedora  
**Las Tres Hermanas Garratt (Helena 1869-1946):** El Cordón de Tres Dobleces  
**Paget Wilkes (1871-1934):** Hábil Defensor de la Fe  
**Basil Malof (1883-1957):** Apóstol a Rusia  
**Thomas R. Kelly (1893-1941):** Buscó y Encontró  
**John & Betty Stam (John 1907-1934):** Su Muerte fue Ganancia  
**George Henry Lang (1874-1958):** El Obediente Siervo de Dios